



ANTOLOGÍA
HISTORIAS DE
CUARENTENA



EDITORIAL
UCALP

© **Editorial UCALP**, 2020
Diag. 73 N° 2137
C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires
editorial@ucalp.edu.ar
www.ucalp.edu.ar/editorial



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Fotos utilizadas en esta publicación: unsplash.com

Foto de tapa: Julia Kadel en Unsplash



ANTOLOGÍA
HISTORIAS DE
CUARENTENA



EDITORIAL
UCALP

Prólogo

El 19 de marzo de 2020 en la Argentina, se estableció el aislamiento social, preventivo y obligatorio, que forzó a cambiar, de la noche a la mañana, nuestra forma de vida: los hogares se convirtieron en oficinas, salas de estudio, aulas, facultades, bibliotecas, comercios, gimnasios.

Nadie sabía, por aquel entonces, que el estado de cuarentena duraría varios meses. Pero estaba claro que esa situación, completamente extraña, provocaría múltiples y diversas reacciones en las personas. El aislamiento, la reclusión indefinida en las casas, daría lugar a infinidad de historias, de acontecimientos, de hechos que, sin dudas, valían la pena ser contados y compartidos.

Así surgió la propuesta, pensada para los alumnos de la UCALP, del concurso **Historias de Cuarentena**. Un ámbito de creación literaria donde poder expresarse, reflexionar, pensar. Una experiencia que diera lugar a enriquecer la capacidad de imaginación, a contar historias y a relatar vivencias sobre lo acontecido en una época que, nadie duda, se reconocerá como histórica.

En tan solo 250 palabras, nuestros jóvenes, alumnos de las Facultades y de los últimos años de los Colegios UCALP, contaron sus historias que nacieron en el marco del aislamiento. Algo más de dos meses que se convirtieron en tiempo para la creación y para el encuentro.

La antología **Historias de Cuarentena** está integrada por los cuentos ganadores de cada una de las categorías y por una selección de otros textos que formaron parte del certamen. Son treinta relatos breves que, a través de este libro digital, compartimos y hacemos públicos.

Editorial UCALP agradece a todos los alumnos que se sumaron a la propuesta de escribir, de contar. Para nosotros y para el jurado, fue una maravillosa experiencia que permitió deleitarnos con bellos y sentidos relatos, y descubrir autores con enorme talento literario.

Solo resta que ustedes, queridos lectores, se sumerjan en las páginas de esta antología y disfruten, tanto como nosotros, de las historias de cuarentena.

Editorial UCALP

Índice

Inentendible para ellos	9	Ahora sí, pueden continuar	18
Gerónimo Lampón		Daniel Francisco Sabio	
Mi nombre	10	Cuarentantas	19
Tomas Exequiel Luque		Gerónimo Rivera Cano	
La despedida	11	De la cama al living	20
María Luján Abedini		Gerónimo Rivera Cano	
El monstruo	13	Departamento con balcón	21
Agustina M. Olivarez		Paula Natalia Cairolí	
El mar	14	Día sesenta	22
Gonzalo Hernán Carnevalini		Camila Soledad Risso	
Al compás de la pandemia	15	El caos	23
Camila Ríos		Agustina M. Olivarez	
Abrazos a la distancia	17	El día que sí fue	24
Valentina Braile Zequeira		Gerónimo Lampón	

El mundo anterior	25	Mi nueva normalidad	33
<i>Braian Lo Greco</i>		<i>Marcelo Andrés Estévez Pioli</i>	
El paseo	26	No quiero perderme	34
<i>Ignacio Balcarce</i>		<i>Paula Natalia Cairolí</i>	
El pequeño Sócrates	27	Persecuta	35
<i>Gonzalo Hernán Carnevalini</i>		<i>Tomás Alfonsín</i>	
Gritos de compasión	28	Sin miedos	36
<i>María Luján Abedini</i>		<i>Pascual Jesús Ruiz</i>	
La bolsa	29	Sra. Cuarentena	37
<i>Julieta Macarena Sontag</i>		<i>Paula Natalia Cairolí</i>	
La historia	30	Última crónica del padre Formoso	38
<i>Julio Diego Goitia</i>		<i>Matías Edgardo Negro</i>	
Lo imposible de sortear	31	Un mate con la Madre	39
<i>Juan Ezequiel Di Giácomo</i>		<i>Álvaro Gentilcore</i>	
Lo pequeño es hermoso	32	Vivir	40
<i>Ignacio García Suárez</i>		<i>Pascual Jesús Ruiz</i>	

Ganadores





Foto de Alex Parson en Unsplash

1.º premio
Categoría A

Inentendible para ellos

Gerónimo Lampón

Lo miré ayer a la noche, obsesionado con esa caja metálica que hace ruidos horribles. Yo, calentándome junto al brasero, y él, sentado en ese sofá desvenado lleno de mis pelos.

Observaba atónito lo que ocurría frente a la gran pantalla. Se sujetaba su cabeza y de a ratos murmuraba... A los pocos minutos llegó ella, su amor incondicional y la que me consiente siempre cuando vuelve del trabajo con alguna golosina. Hoy, ya no trajo nada, me acarició detrás de la oreja, olfateé su mano como buscando mi premio por ser la mejor mascota que pudieran tener, y nada. La gélida mirada de resignación y un suspiro profundo, de esos que destilan una honda tristeza.

Con el tiempo, la cosa no mejoró. Él ya no salía a su trabajo y tampoco llevaba a su petizo para tirar de la carreta y volver con esos cartones oscuros y húmedos que sustentaban nuestro alimento. Ella, de ahora en más, solo podía cuidar a esos viejecitos humanos, llevando una especie de bozal que sobresalía por sus colores turquesas. La comida que tanto me gustaba y las sobras que esperaba ansioso los fines de semana dejaron de caer en mi plato; todo se aprovechaba, hasta los más pequeñitos huesos de carne, que con el tiempo se convirtieron en su comida habitual. Los paseos por los pasillos de nuestro barrio humilde se cancelaron.

Un día me acarician. Con lágrimas, me llevan a una casa distante. Abrazan a dos viejitos, me sueltan y se despiden.

< Volver al **Índice**

2.^{do} premio
Categoría A

Mi nombre

Tomas Exequiel Luque

Incierto fue el día en que decidí salir de casa. Inseguro y con un gran sueño por delante; impactar en este gran mundo, hacerme conocer. Con cada paso, me encontraba un poco más lejos de lo que algún día había sido mi hogar, me encontraba más decidido a cambiar mi vida, ser alguien nuevo. No recuerdo con exactitud en qué momento conocí al señor Lin Shi, un anciano de unos setenta y cinco años de edad. Parecía no percatarse de mi presencia, pues suelo ser muy callado, pero su compañía era muy agradable. Decidí seguirlo a donde sea, incluso cuando esté enfermo, y poco a poco, le fue más dificultoso respirar y recuperar su salud. Gracias a él, conocí muchos sitios de aquella ciudad en la que había nacido y me hizo sentir capaz

de cumplir mi gran sueño. Días más tarde, Lin falleció. Abatido por dicho acontecimiento, decidí no renunciar a la esencia que el anciano me había transmitido, no volvería a enfocarme en el ayer. Deseaba impresionar al mundo. Fue entonces que emprendí un viaje sin retorno, desde China y hasta los países más pequeños y remotos del globo. Mi objetivo rápidamente se cumplió. Muy raro fue pensar en aquel primer paso que di, tan inseguro, tan desganado. Comencé a ser tendencia, no había persona que no supiera quien soy. Mi nombre era conocido por todo el mundo, menos por mí, que no lo supe hasta que comenzaron a llamarme COVID-19.

< Volver al **Índice**

3.º premio
Categoría A

La despedida

María Luján Abedini

¿Piensan que no soy consciente de lo que sucede! ¿Acaso mi corta edad de diez años me va a hacer un niño frágil e ignorante? La televisión ilumina toda la sala de mi casa, me encuentro viendo las noticias y cómo avanza esta pandemia. El coronavirus está arrasando. Mis padres trabajan todo el día, son necesarios en este período de aislamiento para cuidar a todos y abastecer a la ciudad. Mi abuela también está aislada, eso creo. Mamá me dijo que la abuela se fue a un lugar mejor donde nada le podría pasar y que estará en paz allí. Esto no me lo creo nada de nada, ¿Piensan que no sé que me mienten? Ella no está muerta, ¡la vi! Sus ojos cansados y su rostro delgado se asoman por mi ventana cada noche, me observa desde la oscuridad sin decir ni una palabra.

Apago la televisión al escuchar un ruido en la ventana, otra vez siento escalofríos, ella está aquí. Golpes al vidrio me hacen reaccionar; me acerco a la cocina donde siempre me espera en silencio.

Su mano se extiende hacia mí, quiere alcanzarme y tocarme. Me acerco a ella, dejando que toque mi rostro, se le forma una sonrisa, y una lágrima de sangre baja por su mejilla.

—Al fin me dejaron despedirme de ti —dijo con una voz entrecortada, para luego desaparecer con el viento y solo dejar cenizas.

Por los abuelos que fueron acabados por el coronavirus y jamás pudieron despedirse de sus nietos.

< Volver al **Índice**



1.º premio
Categoría B

El monstruo

Agustina M. Olivarez

Sintió un frío que le recorrió toda la espalda, el corazón comenzó a latir más fuerte, y la respiración se hizo, necesariamente, más rápida. Observó a su alrededor, pero no había nadie; sin embargo, no se podía quitar de encima su presencia.

Ya sus piernas no podían caminar más deprisa, mientras llevaba un gran peso en sus hombros, en su espalda y en sus brazos.

De repente, el mundo se había hecho más distante y oscuro. Aún era abril, pero parecía julio a las 7 de la tarde, cuando ya es de noche. No había un alma en la

calle, y eso le dio mucho miedo, casi al punto de querer correr y llegar a salvo... pero ¿a salvo de qué?

Sabía que tenía que llegar a casa, dejar todo en la puerta, hasta los miedos y la desesperanza, antes de poder abrazar a los suyos.

El terror que llevaba consigo no era por algo que uno puede ver o tocar, era una sensación, era algo que definitivamente no conocía, ni quería hacerlo, mientras pensaba en el dicho de su abuela paterna: «no hay peor monstruo que el que no se puede ver».

< Volver al **Índice**

2.º premio
Categoría B

El mar

Gonzalo Hernán Carnevalini

Alma dejó su lápiz sobre el cuaderno y acarició a Gala. «Sos una buena compañera», pensó, mientras Gala ronroneaba y se extendía sobre su falda ladeándose con holgura, buscando que la mano de Alma se adaptara a sus exigencias.

–Ya son dos meses, Gala. Solo vos y yo.

Gala se ladeó abúlica.

El periódico local anunciaba nuevos contagios y la extensión del aislamiento por tiempo indeterminado. Miró hacia la ventana y observó una pareja de gorriones posada sobre el tendido eléctrico, afanosos en su canto, despistados y libres. Se sintió pesada, lánguida.

Volvió a tomar su lápiz y escribió: «el mar en una botella». Miró a Gala y continuó: «será guardado». Hizo rebotar su lápiz en la taza. «Para siempre». Subrayó «para siempre».

–Todo el mar cabe en una botella, Gala.

«... pero no habrá gaviotas que anuncien fortuna al naufrago, ni brisa fresca sobre un bello universo de corales». Volvió a mirar por la ventana. «El sol no entibiara su costa».

Los gorriones habían volado del tendido.

Cerró su cuaderno y cayó en un profundo sopor. El estruendoso megáfono de la patrulla municipal vociferando la prohibición de circular la arrebató de su letargo. Había soñado con el mar. Inmenso frente a ella. Libre en su oleaje bañando la costa. Enterrada en la arena había una botella que contenía un breve manuscrito: «A los “para siempre”, Alma, se los lleva el mar».

< Volver al **Índice**

3.º premio
Categoría B

Al compás de la pandemia

Camila Ríos

Giraba y giraba en su caja musical. En cada giro sus perspectivas cambiaban, aunque su punto de apoyo siempre estaba en el mismo lugar. Sobre su empuje sostenía una vida atravesada por un sinfín de fracturas y caídas que, sin embargo, no fueron las suficientes para que dejara de girar.

Bailó en la oscuridad y a plena luz del día. Sin nunca antes haberse preguntado por qué bailaba siempre la misma canción. Un día una nueva melodía irrumpió, y es así como, primero, sostuvo rápidamente su corazón. Y ahora con los talones sobre el suelo, un poco más cerca de la tierra, se cuestiona su zona de confort.

Había quedado atrás la certidumbre. Ya nada era predecible, y la disonante realidad exigía reconstruir la armonía que perdió. Adaptarse no fue fácil, cada cambio implicó pérdidas, y nuevos duelos emprendió. Ya no le importó la línea de ballet, de repente le importaban las tan odiadas líneas de expresión. Las testigos de que todavía sentía, aunque a su vida la estructure una nueva canción.

< Volver al **Índice**



Foto de Philipp Meiners en Unsplash

Abrazos a la distancia

Valentina Braile Zequeira

A lo lejos estás con tu calidez esperándome.

En estos días de encierro recuerdo cada detalle de los momentos compartidos.

Tus palabras sanadoras, tus buenas energías y, sobre todo, tu luz, que, al entrar en nuestro templo, iluminaba todo alrededor.

En esta historia quiero contar destellos de sentimientos encontrados, esperanza de una nueva aventura por transcurrir, o quizás eso parece...

En medio de desencuentros, idas y vueltas, nos encontramos. La distancia nos separó. Justo en el momento en que nuestras almas iban a chocar nuevamente, llegó este virus que nos aisló. Sin embargo, las fuerzas de atracción son más potentes que uno no creería que eso ocurra instantáneamente. Pero con vos fue así.

Momentos de alegría, música y rock and roll, como otras tantas cosas que encontramos en común para frecuentarnos. La calidez de tu piel se hace tan entrañable en este encierro, que parece un laberinto sin final.

Generar conexiones a pesar de la distancia, que es corta pero tan larga a la vez, es algo inexplicable. Ese momento tan deseado llegará para despertar todo lo que hay guardado dentro de nuestro ser. Para descubrir a las personas que nos guardan en su corazón, a pesar del tiempo transcurrido.

Ese abrazo sanador tan esperado, lo deseo con todas mis fuerzas interiores...

< Volver al **Índice**

Ahora sí, pueden continuar

Daniel Francisco Sabio

«Tengo que llegar, tengo que llegar», pensaba mientras conducía a toda velocidad. Pero cuando estaba ya cerca, una patrulla lo detiene.

Un oficial gordo baja a pedirle los datos, seguido por un compañero más joven y delgado.

–Dígame... –dijo– ¿A dónde iba con tanta prisa a estas horas de la noche? Y por Dios Santo, ¿dónde está su barbijo? ¿Qué no sabe que estamos en cuarentena obligatoria?

–Verá, señor –dice el hombre muy nervioso–, es muy importante que me deje continuar. He vuelto recientemente de un viaje de negocios, con dificultad pude volver a entrar a la ciudad...

–Oiga, cálmese, amigo– dijo el oficial, ya impaciente.

–Es mi hijo. –Y señaló a un niño dormido en el asiento trasero–. Es muy importante que lo aleje rápido de la ciudad o si no...

–¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

–No... Bueno, sí –dijo alborotado.

–Vamos, José, alertá de un posible caso de COVID-19 –ordena a su compañero.

–Eh, jefe –dijo el otro oficial. La luna asomó por entre las nubes mientras él revisaba la ventanilla trasera.

–¡Ya es tarde! –exclamó el conductor. Sonidos emergían del asiento trasero, como gemidos. Se veía una silueta que se retorcía de dolor. Una garra enorme atraviesa al vidrio y al policía. Y una bestia enorme sale del auto.

–¿Pero qué carajo es eso? –dijo el oficial. Y una boca repleta de dientes se abalanzó sobre él, devorándole el corazón.

Satisfecha la bestia, aúlla a la luna. Mientras su padre llora, exclama:

–Mi séptimo hijo...

< Volver al [Índice](#)

Cuarentantas

Gerónimo Rivera Cano

«Nadie sabía qué tan parecido al exilio serían los días de aislamiento», escribió en su Hispano Olivetti rompiendo el silencio.

Aunque suene sin sentido como el tiempo de hoy, sin querer, dijo haberse percatado de que la voz es solo una, y la saliva, aunque alguna más espesa y otra menos, siempre es igual de incolora... Transparente, fiel imitadora de los vidrios que cubren las ventanas que dan al centro de la ciudad.

Nadie, absolutamente nadie más que él notaba cuán parecido era ver pasar los días detrás de un marco; vivir

entre paredes, oyendo el zumbido del silencio, viendo como los auriculares tapan las ideas que invitan a correr en círculos, esas que invitan a escapar, romper despertadores y del individuo hacer un símbolo de unicidad; unicidad hundida en cuerpos de concreto sin salidas permitidas, pero con vistas hacia el afuera...

Solo él sabía lo cotidiano que suele ser este escenario para quien lleva gafas puestas todo el día y calla por miedo de hacer ver. O por no pausar el tema que tanto lo hace volar.

< Volver al [Índice](#)

De la cama al living

Gerónimo Rivera Cano

–¿Qué día es hoy? Parece un domingo eterno, pasaron meses; pensé en el *bicho* y me reí, viste como soy, siempre sonriendo a pesar de mis dientes chuecos, y mis pelos revueltos; la vida en pijama suele ser así, querida: entrevistas, llamados, fotos, besos por chat. Todo tan 2.0 que un día hasta el sol se cansó de brillar. Mejor, suele ser mejor con lluvia, la cama está más caliente y el corazón se enorgullece de la vagancia. ¿Querés un mate o un pucho...? Bah, ¿fumás? El otro día casi caigo de nuevo, pero no es lo mismo, ¿sabés? Si no estoy de resaca, post algún evento y volviendo trasnochado, no...

–¿No te parece temprano para hablar tanto? –interrumpió desnuda desde mi colchón–. Dejé de fumar hace bastante. Che... aunque pensándolo bien...

–¿Pensándolo bien qué? ¿Dejaste por miedo a la muerte? –dije sin titubear.

–A veces pienso en el vértigo y realmente lo extraño. Salir no es ir y venir de mi depto. hasta tu cama; no, salir es otra cosa; es otra trama que, por ahí, en tu filme tipo Almodóvar, no tiene lugar ni elenco para ser interpretado... Y no, a la única muerte que le temo es a la de la normalidad. A la mía no, es más, la mía sé que me teme –dijo tapándose hasta la cabeza buscando conciliar el sueño.

Nunca antes había sentido las ingenuas ganas de sacar al gato y por la plaza pasear.

< Volver al [Índice](#)

Departamento con balcón

Paula Natalia Cairolí

El balcón fue su mejor aliado durante el encierro. Los días no se pasaban más rápido, pero sí eran más amenos. Tomaba la silla del comedor y, exactamente a las dos de la tarde, después de comer, se sentaba en el balcón a respirar el aire y nutrirse de vitamina D.

Desde la habitación podía escuchar como Elvira, recostada en la cama, se veía las novelas de la tarde, bien fuerte, porque con la edad se había vuelto medio sorda. Mirando al edificio de enfrente, se aparecían de vez en cuando unos jóvenes a hacer gimnasia. Y en la calle siempre deambulaba un vecino del barrio con su caniche dando la vuelta a la manzana.

Los días de lluvia, José se llevaba la silla junto a la ventana, el afuera era su gran entretenimiento. Cuando sus hijos los llamaban y le preguntaban a Elvira por José, ella, fastidiosa, respondía: «¿Y dónde va a estar?

¡Con la ñata contra el vidrio o en el balcón!». Él, cansado de sus gritos, revoleaba una mano en el aire y entre murmullos la mandaba a lugares que no corresponde mencionar.

Si no fuera por el balcón, quizás José hoy estaría sumido en las mayores de las tristezas y angustias, como terminó ocurriendo con su vecina del 5 C, o la suegra de su hijo, o algunos otros conocidos de conocidos.

Pero pocos sabían que, al sentarse en el balcón o mirar por la ventana, él se pasaba las horas soñando en salir.

< Volver al [Índice](#)

Día sesenta

Camila Soledad Risso

No era la primera vez que pasaba: vos, más un par de horas al día mirando por la ventana en busca de algo que no sea la nada.

La soledad carcomía la médula ósea de tu columna y se disfrazaba de una falsa sensación de comodidad; en realidad, todo este universo estático e introspectivamente hostil que era tu cabeza se manifestaba como la realidad tangible cuando abrías los ojos.

La incongruencia entre tus ganas de estar solo y tu inexorable pero vergonzosa necesidad de afecto rasguñaba debajo de la corteza de tu pecho, como luchando por salir en forma de bostezo... o de grito.

En completo auspicio de tu funeral espiritual, despegabas la vista de la lontananza gris que se te ofrecía, y prendías la televisión: enfermedad, robos, asesinatos, violaciones, frivolidad, chismes... y el ridículo.

Solo soportabas menos de quince minutos contemplando aquel desfile de carencia, cuando apagabas la máquina boba y volvías frente a la ventana, con la frente grasienta plasmada sobre el empañado vidrio, casi en busca de socorro, como queriendo fundirte con él. Acto seguido, recordabas aquella frase de Nietzsche que sentencia «si mucho miras a un abismo, el abismo mira dentro de ti», y comprendías por qué estabas solo, allí, no desde hace sesenta días, sino desde siempre... esperando lo inasequible. Y lo comprendías: el mundo no había cambiado, era el mismo; e insoportablemente, vos también. Esa ironía te terminaba matando.

¿Ya podés confirmar hace cuánto sos el abismo?

< Volver al [Índice](#)

El caos

Agustina M. Olivarez

Esa mañana cuando despertó sintió que el mundo ya no estaría del otro lado de su puerta. El dolor de estar lejos se hizo, minuto a minuto, más pesado, más hostil. Tenía miedo de no volver a escuchar su voz, oler el aroma del café recién preparado, del pan tostado, no escuchar la alegría de su risa. Ella sabía que no encontraría a quien esperaba y su esperanza de reencontrarse se fue desvaneciendo con el correr de las horas.

No sabía por dónde empezar para contarle cuánto la iba a extrañar, los días sin ella pasaban cada vez más lento, y en la televisión solo se escuchaban noticias del caos... una pandemia, una economía que se cae, los países devastados y el aislamiento... eso la llenó de miedo, y sabía que a ella también.

Las relaciones virtuales no eran su fuerte, es más, ni siquiera tenía un celular, nunca tuvo la paciencia de aprender a usarlo. Ella prefiere el mate cara a cara y la mesa llena de gente, las pastas en familia y el domingo de fútbol.

Cuando la llamo me dice que me extraña y que me cuide cuando voy a trabajar. Ella sin dudas es más fuerte que todos los demás. La verdad es que tengo miedo de perderla, y de esa pérdida, no se vuelve.

< Volver al [Índice](#)

El día que sí fue

Gerónimo Lampón

Y un día, los engranajes dejaron de funcionar y las entradas se cerraron, las mesas de los cafés no se acercaron a los árboles de la calle, ni se levantaron las pesas de los gimnasios. Y un día, las iglesias cerraron sus grandes pórticos. Y un día, un papa celebra, casi en soledad humana, el acontecimiento más importante para el cristianismo. Y un día, el susurro del Ramadán se hiló en la más profunda soledad doméstica. Y un día, los museos y cines se vaciaron de gente, y el hombre parecía no encontrar refugio. Y un día, resultó que, hasta en las calles más céntricas de Dhaka, había lugar para estacionarse y, en Les Champs-Élysées, había lugar para todos los enamorados que quisieran tender

sus mantas. Y un día, los hombres se encontraron con más tiempo que nunca y sintieron miedo. Y un día, la comodidad del hogar fue lo único seguro. Y un día, el enemigo no era ISIS, no eran los piratas somalíes, no eran los arábigos, ni los norteamericanos. Y un día, las enormes chimeneas de fuego dañino dejaron de humear y los barcos de molestar a los peces en las calles de Venecia. Y un día, el oso podía caminar tranquilo por el centro de Moscú, y las cien razas de pájaros más exóticos y más buscados se posaron en las topadoras que hasta el día anterior amenazaban el equilibrio del Amazonas. Y un día, la Tierra dijo basta. Y simplemente, un día, se sanó.

< Volver al [Índice](#)

El mundo anterior

Braian Lo Greco

Mi abuelo suele contarme las tradiciones que se daban en este país. Me cuenta que Argentina solía ser muy diferente a lo que es ahora. Me ha llegado a decir que, en los tiempos de antes, los abrazos, los saludos estrechando las manos o el beso de cachete con cachete era muy habitual. Compartir el mismo mate con otras personas era lo «normal», y las juntadas con familias o amigos se daban muy seguido. Él solía charlarme sobre las concentraciones de personas en canchas de fútbol, cines, teatros, y, sobre todo, lo que más me ha llamado la atención era que, en los colegios, los

alumnos iban de forma presencial. Todas estas historias que mi abuelo me relataba del país o del mundo a él lo emocionaba mucho, y a mí me sorprendía demasiado lo sucedido sesenta años atrás, ya que me sería algo impensado o raro ver a tantas personas compartiendo un mismo sitio, pero, a la vez, deseo que, de una vez por todas, el planeta le ponga fin a este virus que nos estuvo atormentando durante tanto tiempo y poder experimentar en carne propia algunas de las vivencias que me relataba el abuelo.

< Volver al [Índice](#)

El paseo

Ignacio Balcarce

La cuarentena me atrapó en una pequeñísima habitación que alquilaba en las afueras de La Plata. Allí reunía todo mi patrimonio: un catre desvencijado y unos pocos libros viejos. Estoicamente soporté allí la primera semana de encierro hasta que mi espíritu libre se sintió sofocado y me exigió un poco de aire.

Desoyendo las nuevas reglamentaciones, me aventuré a un paseo céntrico; esquivando controles policiales, caminé las avenidas desiertas. El silencio era total, tanto que se podía oír, en las frondosas copas de los árboles, el dulce zumbido de abejas jugando. La ciudad vestía rara; el viento sibilante corría por las calles vacías. Pensé una frase de Shakespeare: «una liebre es la juventud, que salta las trampas de la deteriorada prudencia». Sin embargo, el paseo fue de lo más pla-

centero; visité amigos y me relacioné con gente hasta el ocaso cuando las penumbras me envolvieron cerca de plaza Moreno. Aquella noche el cielo parecía sostenerse en las torres de la catedral mientras las estrellas, más refulgentes que nunca, rasgaban con insistente luz la delicada piel de las nubes.

Al otro día me sentí desanimado, me cubrí con pesadas cobijas y dormí por horas, como esos gusanos que en su capullo esperan criar alas. Luego apareció la fiebre y más tarde la tos. Después tuve dificultades para respirar y fui internado.

Por razones de seguridad y protocolo, solo mi madre asistió a mi poco llorado funeral. Sucedió lo que siempre temí; sobraron manijas al llevar mi cajón.

< Volver al [Índice](#)

El pequeño Sócrates

Gonzalo Hernán Carnevalini

–Papá, ¿qué significa *cuarentena*?

–Significa que todos debemos permanecer aislados para evitar los riesgos de contagio del virus, hijo, y así preservar nuestra salud.

–Entonces, ¿todo el mundo se encuentra aislado?

–No. Hay muchas personas que no pueden aislarse, pues deben mantener un orden y velar por la salud de los que permanecemos aislados.

–¿Y es que entonces no importa su salud, sino la nuestra?

–De ninguna manera. Digamos entonces que solo algunos permanecemos aislados mientras otros nos cuidan, porque tienen vocación para esas labores.

–Y los que nos cuidan, ¿están en riesgo de enfermarse?

–Pues, sí.

–Entonces, ¿sólo algunas personas estamos a salvo, mientras otras no lo están?

–Eso creo.

–Y esa vocación de la que hablás, ¿en qué consiste?

–Consiste en arriesgar su vida y sus afectos para que algunas personas podamos estar a salvo.

–¿Y ellos tienen familia?

–Sí, claro. Solo que no las ven, para protegerlas.

–Entonces, ¿*cuarentena* significa el aislamiento de algunos que están a salvo gracias al trabajo de otros que asumen el peligro?

–Eso parece.

–Papá, creo que no sabías lo que significaba *cuarentena*.

< Volver al [Índice](#)

Gritos de compasión

María Luján Abedini

Niños, almas puras en desarrollo y las más cuidadas. Unos los verán en esta pandemia como pacientes de bajo riesgo, pero ahora veo lo contrario.

Escribiendo este texto, ella está parada frente a mí. Luce un vestido, las marcas en su rostro del respirador están enrojecidas y sus manos caen inertes al costado de su cuerpo. Su respiración es forzada, haciendo que suelte un quejido al inhalar. Ojalá pudiera entenderla, entender sus suspiros y jadeos de dolor. Ella es una niña, cualquier palabra que ella quiera expresar, su garganta la detiene.

He pasado tantos días encerrado por esta cuarentena que me he vuelto una persona sin compasión que ignora el coronavirus y solo piensa en que todo se detenga para poder seguir trabajando. «Si nadie de mi familia está contagiado, no debería importarme, ¿verdad?».

Su boca cada vez se abría más, tratando de soltar una palabra, pero esta se convertía en gritos desafinados y sin forma; tapé mis oídos y cerré mis ojos aterroizado por tan horroroso sonido de su garganta. El grito cada vez me aturdiría más, sintiendo que mi cabeza iba a estallar, haciendo que me aferrara a mis piernas fuertemente. Lágrimas del miedo caían al suelo, quería que esto parara.

Cuando menos lo esperé, los gritos se convirtieron en susurros hasta desaparecer, haciendo que el único sonido presente sea el de la televisión: «Así es, señor, la pobre niña falleció hace tan solo unos minutos a causa del virus, y no pudimos entender sus últimas palabras».

< Volver al [Índice](#)

La bolsa

Julieta Macarena Sontag

La vida de Julieta era un torbellino; ahora piensa, con la bolsa en la mano, que, de las salidas con amigos, las idas y venidas al súper, a la pileta, a la universidad, de las caminatas con su perro por la plaza, lo que más extraña son los almuerzos de los domingos. Nueve primos, cuatro tíos y los abuelos, gritos para hacerse oír entre carcajadas y las bromas pesadas del tío Martín, las anécdotas que todos saben de memoria entrecruzadas con las últimas noticias.

Abre la reja y deja la bolsa en el porche, toca el timbre y se aleja; la abuela sale con una sonrisa, rocía con alcohol la bolsa antes de entrarla y asomarse por la ventana junto al abuelo. Le agradecen una vez más por

haberles ido a comprar las cosas de último momento, que no quieren molestar, pero no es seguro que ellos a esa edad salgan. Julieta les sonríe, aun sabiendo que no la pueden ver por el barbijo. Le cuentan que, con esta situación, ellos ya no pueden salir más a caminar, pero que un bichito no los va a detener, ahora se hicieron un circuito dentro de la casa y lo repiten sin falta todas las mañanas; son más amigos de la tecnología, llaman todos los días a cada una de las familias y hasta hacen las compras del supermercado. Y aunque sus cuerpos no se puedan abrazar, sus ojos sonríen, sienten cómo el amor y la esperanza los acerca más que nunca.

< Volver al [Índice](#)

La historia

Julio Diego Goitia

«La población perece en número incontable.
Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo,
portadores de la muerte, sin obtener
ninguna compasión».¹

En este tiempo que se ha detenido, la historia aguarda ser redescubierta por la humanidad. Ha mostrado su rostro para leer en su interior los hechos de hombres y mujeres, catástrofes y su naturaleza, el poder de las epidemias y pandemias. ¡Cómo nos hemos olvidado de Tucídides y Justiniano! Historia narrada en el potencial de sus vivencias y observación de la realidad humana. Como síntesis también, sus consecuencias políticas, imperios devastados.

Tantos pesares no los serían si te recordáramos, Historia. Tu repetición pareciera ser afirmación certera, pero ¿acaso la duda incita en el hombre la posibilidad de la esperanza?

La observación en su virtud debería dar una sombra de luz a la razón, para llevar grabada en la concien-

cia el equilibrio, pulir el ser con la mirada en Dios y así no volver atrás.

Paralelamente, dentro de mi hogar, mis hijos yerguen su cabeza ante los días, con grotescos golpes que fortalecerán sus corazones, pues, al parecer, de esto se trataría: ¡venir al mundo para enfrentar lo que somos capaces!

La historia de un hombre eleva la vista a Dios, agradece la vida que crece con la fe y aguarda por los sueños que la humanidad ha nuevamente postergado.

¹ Sófocles, *Edipo Rey*, España, Del Nuevo Extremo, 2008.

Lo imposible de sortear

Juan Ezequiel Di Giácomo

Le contaron, sí; hubo cierto virus, obligó a la población entera a usar un nuevo artefacto: de aquí en adelante «tapaboca». Algunos seres comenzaron a potenciar su universo, las flores se convirtieron en grandes paisajes, y las aves enjauladas diseñaron un paraíso minimalista en el que desarrollaron su reino.

A Rumel Stensel, le contaron, sí, un montón de cosas, le mintieron y le dijeron la verdad, lo obligaron a creer y luego a desdecirse en paralelo; lo cierto es que sigue, aún allí, intentando aprehenderse de algo, camina por una sogá cruzando el vacío.

Es un cristal, la nueva fragilidad, ¿es nueva la fragilidad?

Rumel Stensel insiste sobre las calles que se desintegran de calor y frío, empuja con su cuerpo, con sus manos y ropas, es fuerza, es cantidad y cualidad.

Le contaron, sí, que, bajo el suceso maldito de una nueva era aterradora, las grandes almas emergieron, eligiendo atravesar el mal y cualquier otro obstáculo, la energía se multiplicó exponencialmente, y la cosmogonía pretendida por los dioses fue imposible de sortear.

< Volver al [Índice](#)

Lo pequeño es hermoso

Ignacio García Suárez

A Tomás no le pesó cuando Dante, su hijo, lo dejó cenando solo aquella noche, ya que disfrutaba verlo entretenido con su gusto de escribir un artículo académico, a consecuencia de que las obligaciones de la facultad disminuyeron la exigencia en esa semana.

Luego de un cálido intercambio padre-hijo, Tomás fue a dormir. Faltaba para que el sueño se hiciese presente en Dante, motivo por el cual continuó tecleando.

Pasando varias horas; ya presente el ánimo de reposar, Dante, sin embargo, quiso que su padre se encuentre ni más ni menos que con la sorpresa de que su hijo le había preparado el desayuno. Al finalizar, tampoco detuvo su decisión de ordenar la ropa de Tomás cuando la vio tirada. Él está cursando una maestría,

y su horario laboral sigue sin cambios, así que no se preocupa tanto por el orden indumentario. De todas formas, no va a aparecer una visita sorpresiva como para encontrarse un desorden hogareño.

Dante habló mucho consigo mismo en esa madrugada, mientras se encargaba de esos quehaceres. Y hay unas palabras que no olvidará: «Oh, padre, qué contento me deja transformar lo pequeño en grande, como nuestro Señor enseña en la parábola de la viuda. ¿Qué haré cuando despierten mis ganas de prepararte el desayuno cuando ya no puedas despertar?».

Quizás, sin cuarentena, Dante no habría hecho ese gesto, y, por lo tanto, no habría comprendido, con una lágrima de cariño de por medio, que lo pequeño es hermoso.

< Volver al [Índice](#)

Mi nueva normalidad

Marcelo Andrés Estévez Pioli

Estoy siempre en mi hogar, duermo en él y como tres veces por día (en ocasiones hasta cuatro). Te veo irte muy temprano y volver tarde; cuando te vas, mi corazón se marchita. Hasta tu vuelta, cada automóvil, cada motocicleta y cada animal (incluso los de tu especie) me impacientan. No puedo evitar llamarlos preguntando «¿Cuándo volvés?». Cuando sucede, al caer la tarde, mi corazón explota de alegría.

Cuido de vos por las noches y te soy fiel. ¿A cambio? A cambio me das el más puro amor. A veces siento, incluso, que soy más afortunada que muchos de los

tuyos que no tienen nuestra casa, comida o tu amor. A ellos, cuando eventualmente salgo afuera, también trato de darles el inmenso cariño que tengo.

Pero desde hace un tiempo todo cambió: estás mañana, tarde y noche. Salís lo justo y lo necesario. Ya no vienen los que eventualmente nos frecuentaban.

Debo reconocer que es raro. Pero esta nueva normalidad, si es con vos, siempre me va a gustar más.

Del diario de mi perra Brahama.

< Volver al [Índice](#)

No quiero perderme

Paula Natalia Cairolí

De chica leí *El diario de Ana Frank*. Ese diario tenía la capacidad de irritarme. La repetición periódica de los días, la propia angustia de Ana, el terror constante y omnipresente del afuera me causaban una sensación de disgusto y tristeza.

Desde que empezó la cuarentena, no he podido sacarme de la cabeza ese libro. Día tras día me siento aún más hundida en un diario similar al de ella que aún no escribí. Mi mente se pregunta esporádicamente: ¿es esto igual que una guerra? ¿Es el virus ese enemigo omnipresente que nos obliga a escondernos? Y también, siempre ahí dando vueltas, la pregunta que más temor me produce: ¿Seremos capaces de resistir aquí dentro, o mi final y el de mi familia será como el de los Frank?

Quizás tendría que comenzar a escribir desde ahora «Querida Kitty» y contarle a mi diario todos mis días. Mis cien días. Y quién sabe cuántos más... Sin embargo, no quiero hacerlo, al menos no por ahora, temo irritarme con mis propias narraciones, angustiarme con las constantes repeticiones, ahogarme en las ideas del afuera, del enemigo, de la posibilidad de que cada vez esté más cerca de mi escondite.

Temo quedarme con las palabras suspendidas. Que me arrebaten mi diario, que quede el final inconcluso. Temo perderme a mí misma en la monotonía de las páginas, hasta que no me quede nada más que el papel.

< Volver al [Índice](#)

Persecuta

Tomás Alfonsín

Se levanta, cagado de frío, como todas las mañanas. Pone el agua y prende la tele, casi como un acto reflejo. El resto duerme, es temprano. La única inmunidad desarrollada es a las sirenas, que ya forman parte del paisaje.

La tele anuncia hambre, guerra y destrucción (eso no ha cambiado).

El silbido de la pava hirviendo lo baja a tierra.

Por la ventana ve a los milicos marchar. A veces un nombre en una lista o un contacto visual demasiado prolongado son motivo suficiente para que su casilla sea objetivo de un «control epidemiológico de rutina» (léase *allanamiento ilegal*, eso tampoco ha cambiado). Hoy nada está librado al azar.

El virus ya no se controla, se persigue. Miles de vecinos han desaparecido, nadie se anima a decir que

tiene síntomas. Camas y respiradores ya tienen dueños, y los hospitales se reservan el derecho de admisión.

Él todo lo ve por la ventana, y aprieta los dientes, cierra los puños, pero se resiste y no sale.

A veces se despierta obnubilado, y recuerdos vagos le hacen dudar de lo que es o fue real alguna vez. Sentir el viento de camino a la obra, la ronda de mates antes de arrancar, el olor a asado de los viernes. Todo parece tan lejano que se asimila a un sueño de una realidad distópica.

Un estruendo lo pone en contexto. Esta vez fue más cerca. Y el agua se hirvió otra vez.

< Volver al [Índice](#)

Sin miedos

Pascual Jesús Ruiz

Camila tiene casi tres años de vida. Es marzo en Buenos Aires, y aquí comienza el ciclo lectivo; sus papás están muy contentos de haber obtenido matrícula en el mismo colegio católico donde ellos se conocieron, crecieron, unieron e hicieron amistades. A los pocos días, suspendieron las clases porque el COVID-19 ya estaba entre nosotros.

Cuando los padres de Camila notaron en ella que había cierta dificultad para hablar, al año y medio de vida, buscaron asistencia psicopedagógica. Tuvieron miedo cuando las palabras no eran pronunciadas, el pañal no podía dejarse de lado, el tenedor no era aceptado para almorzar.

Camila había oído a sus papás decirle a la terapeuta: «Tenemos miedo por ella más con este aislamiento».

Un buen día, decidieron adoptar a un gatito al que su hija llamó Corona. No podía expresar la palabra completa que resonaba todo el día en los medios: *coronavirus*, y solo dijo *corona*.

Camila aprendió a ponerle piedritas sanitarias, comida en horarios puntuales, en su recipiente; ella empezó a entender que había normas. En su inocencia, Camila estaba enseñándole a su gatito lo que en ella les costó mucho; comenzó a dejar los pañales, a adoptar el baño y el tenedor.

Una mañana Corona intentó hacer sus necesidades en el comedor, y Camila exclamó fuerte:

—¡Corona, no! ¡Hay normas!

Sus padres sorprendidos, pero felices; asilados, pero ya sin miedos.

< Volver al [Índice](#)

Sra. Cuarentena

Paula Natalia Cairolí

Todo en la casa venía bien hasta que llegó Cuarentena. Una figura maldita, siniestra, oscura. Si era hija del Covid, nieta de Alberto, sobrina de China, no importaba. Su aparición lo destruyó todo cuando cruzó el umbral de la puerta y entró.

Ya su porte cargaba consigo angustias, tristezas y locuras. Y no tardó mucho en infectar al resto de la familia. El primero en caer fue papá. Cuarentena solo le daba malas noticias: el local cerrado, la mercadería estancada, las ventas esfumadas y la plata escurriéndosele entre los dedos hasta perderse. Su rostro se iba avejentando, su irritación iba en incremento, y hasta comenzó a latirle constantemente el ojo derecho y no dejarlo dormir.

Mamá no tardó en seguirlo. En sus ojos se iba perdiendo el brillo que alguna vez estuvo. Empezó a cocinar tortas y pastas. Se levantaba bien temprano para empezar a amasar. Sus fuerzas intentaban ayudar a papá. Mi hermano al principio hasta disfrutaba de Cuarentena; gracias a ella no había clases y podía pasarse el día entero jugando a la Play. Pero después, su presencia comenzó a fastidiarlo, hasta tal punto que dejó de salir de su habitación, y solo lo hacía para comer.

Yo me enfrenté a Cuarentena. Salí, le grité, le eché la culpa de todo, hasta fui a destruir las Cuarentenas que herían a los demás. Pero solo logré enfermarme, volver a casa, a encerrarme, y tenerla respirando al lado mío, quien sabe cuánto más.

< Volver al [Índice](#)

Última crónica del padre Formoso

Matías Edgardo Negro

Desconozco quién continúa tocando las campanas por la noche, aunque van ya seis de ellas durante las que no duermo. Las vigiliás en mi capilla son solitarias y silenciosas, pero de tanto en tanto logro distinguir algunas voces merodeando por sus rincones. Vienen de afuera, traspasan las cintas perimetrales. Susurran en latín, trayendo pesares y mal augurio. Ya no quiero escucharlas más, rezo para que, por favor, venga alguien a callarlas.

Innumerables veces he suplicado el socorro de las autoridades, pero no puedo disponer de ellas porque dicen que el edificio se encuentra en estado de contaminación ¡Apestado! Podrá ser cierto, pero ya pasó un año desde aquel brote primero. Todos aquí están muertos, y, sin embargo, yo sigo en pie.

Pese a las circunstancias, me empeño en dar misa todos los domingos. ¿Sirve realmente de algo un culto sin audiencia? Solo sé que, momentáneamente, es el último sostén de mi cordura. Algunas veces, el milagro de la Eucaristía parece silenciar las voces visibilizándolas en las bancas, y, por un breve instante, se sientan a escuchar. Aquellas siluetas atentas, hambrientas me reconfortan.

Se oyen sonidos extraños provenientes del confesionario, sonidos animales. Fue allí que debí aislar al último de mis agonizantes monaguillos. Cada día que pasa, menos seguro me siento de que, efectivamente, se halle muerto. Huesos de rata continúan amontonándose a su alrededor.

No sé qué más hacer. Las voces son cada vez más intensas, cantan. Se acerca el fin, me encomiendo a Dios y a mi Patria.

< Volver al [Índice](#)

Un mate con la Madre

Álvaro Gentilcore

«El hombre, naturalmente, es un ser sociable» leemos en distintos tratados de filosofía. Cuánta veracidad toma esta definición actualmente, donde los mates en soledad adquieren más relevancia que nunca.

Como hombre cristiano apostólico, mi meta es alcanzar la santidad, pero el aislamiento social obligatorio fue tornando dificultoso este designio. Los templos cerrados, las misas de forma virtual y, sobre todo, sin poder recibir los sacramentos más importantes en la vida de un cristiano, como la penitencia y la eucaristía.

«La santidad se encuentra en el camino que nos abre cada uno de nuestros días». Estas palabras manifestadas por San Francisco de Sales, en lo personal, están resonando en mi mente de forma constante. Gracias a ello, me vi motivado a poder buscar la santidad en el espacio que hoy me toca, descubriendo que ser santo es ayudar en las tareas cotidianas, es aceptar que los tiempos de Dios son perfectos, pero todo ello sin descuidar la oración.

Orar es entablar una charla amistosa con Dios. En mi caso, gracias al aislamiento, decidí aferrarme mucho más a la compañía de su Santísima Madre, algo que, en lo personal, venía trabajando desde hace mucho tiempo, pero que, entre la vorágine diaria, no podía encontrar. Sin embargo, hoy decidí comenzar a compartir con ella mis pensamientos más íntimos a través del mate, porque encontré mi lugar predilecto de oración en la comodidad de una mesa con un cuadro de la Santísima Virgen y, entre cebadas, pedirle que me guíe hacia su hijo Jesús.

< Volver al [Índice](#)

Vivir

Pascual Jesús Ruiz

Terminaba el verano y podíamos percibir que los árboles querían descansar, las flores guardaban sus colores para la primavera.

Este otoño lo presentía diferente. Soy enfermero y presentía guardias distintas, miradas distintas, algo venía.

Muchas veces vulneraron mis derechos, y conozco el desamparo; me arrancaron algunas hojas aún verdes.

Empezando a estudiar Abogacía en la UCALP, me colmaría de esos derechos que alguna vez me arrebataron y que estaba decidido a recuperar, y a velar por que a nadie más se los asalten. Conocí a la directora que hoy es la maestra, profesora, que no tuve en toda mi escolaridad. Regalos de la vida.

Haciendo un paralelismo divertido, me sentía Matilda conociendo a la maestra Miel. Supe que este era mi camino.

Una sola clase presencial pudimos tener para conocernos entre alumnos y profesores. Porque el COVID-19 nos congeló, a la Argentina en marzo, al mundo ya hacía tres meses.

Estoy haciendo todo profesionalmente, para que ustedes puedan mantenerse en sus casas, y no tengan que depender de mí ni de ningún dispositivo. Hoy yo los amparo. Ustedes quédense en casa.

El aislamiento social preventivo, obligatorio nos está gritando lo valioso que era un asado reunidos, compartir un mate o abrazarnos, tener a las aves libres, los árboles gigantes y los ríos limpios.

Quiero dejar un lindo mensaje, después de ver una hoja caer: vienen hermosos y nuevos jardines; es temporal, te lo aseguro, después del aislamiento lo único que nos espera es la primavera, y vivir.

< Volver al [Índice](#)



Foto de Augustine Wong en Unsplash



EDITORIAL
UCALP

